

La forja de un conquistador. Francisco Pizarro en el escenario del Darién

CARMEN MENA GARCÍA
Universidad de Sevilla

RESUMEN

En estas páginas analizamos los primeros años en las Indias de Francisco Pizarro, el gran conquistador del Imperio de los Incas. Nos interesa particularmente su estancia en el Darién, la gran escuela de adiestramiento en el arte de la guerrilla indiana de muchos famosos conquistadores.

PALABRAS CLAVES: Francisco Pizarro/ Darién/ conquistadores extremeños/expansión europea

ABSTRACT

In these pages we analyze the first years in the Spanish Indies of Francisco Pizarro, the great conqueror of the Inca Empire. We are particularly interested in their stay in Darien, the great school of training in the art of the Indian guerrilla of many famous conquerors.

KEYWORDS: Francisco Pizarro/Darién/ conquerors of Extremadura/European expansion

En estos últimos tiempos, y ya con demasiada frecuencia, me dispongo a vaciar en un folio en blanco los recuerdos y emociones de algún amigo que acaba de marcharse. Este acto, tan inusual para mí en tiempos pasados, se está volviendo ahora tan repetitivo como sobrecogedor. ¡Ah, enhoramala! Tengo el corazón ratonado con mil gateras, como diría Cervantes. Si, demasiadas ausencias se amontonan en el camino y me recuerdan sin ninguna misericordia los latigazos de la vida y los años transitados, que ya son muchos.

Ahora nos ha dejado Fernando Serrano, excelente profesor e historiador americanista, mi buen amigo Fernando, al que conocí en Sevilla en la década de los setenta (del pasado siglo) cuando compartíamos estudios y proyectos de futuro en las aulas universitarias. A todos nos pilló desprevenida su marcha porque era demasiado joven, demasiado brillante y amaba tanto su profesión... Nada parece suficiente para recordar su figura porque los sentimientos, los verdaderos sentimientos, resultan acaso muy difíciles de expresar. La última vez que nos vimos fue en Llerena, la insigne y opulenta Llerena, la de la Orden de Santiago, la de las casas señoriales, la sede del Tribunal del Santo Oficio... un lugar que siempre me atrajo especialmente no sólo por su pasado histórico sino además por ser la cuna de mi familia paterna. Allí en un patio sombrío me enseñabas orgulloso una serie de libros asiáticos, antiguos y muy valiosos, que habías adquirido para enriquecer tu colección. Nos despedimos con un hasta pronto. No se me ocurre otra cosa ahora. ¡Hasta pronto, Fernando! Siempre te recordaremos. Tus libros mantendrán fresco tu recuerdo, al igual que tu familia y tus amigos, y mientras vivas en ellos y en nuestros corazones, seguro que vivirás por siempre. Este modesto artículo pretende rendirte homenaje. Espero que allá donde estés lo juzgues con benevolencia.

NO HAY UN ANTES SINO UN DESPUÉS

Por sobradas razones, el trujillano Francisco Pizarro ha pasado a la historia de la expansión española en tierras americanas como el gran conquistador del Incario. No le faltan méritos. Sin discutir ni uno sólo de ellos, siempre nos ha llamado la atención el escaso interés que la historiografía de la conquista -tanto nacional como foránea- ha venido mostrando por la trayectoria humana y guerrera del personaje con anterioridad a la anexión del poderoso imperio inca, durante su estancia en el istmo panameño, dando la impresión -falsa impresión- de que Pizarro se forjó como conquistador en el Perú y de que no hubo un antes sino sólo un ahora, como si el tiempo se hubiera detenido en aquel escenario, como si sus hechos de armas, sus hazañas y sus errores -que también los tuvo-

sólo pudieran contemplarse a la luz de aquel momento histórico. Salvo honrosas excepciones¹, los años transcurridos desde la llegada de Pizarro a tierras americanas cuando se iniciaba un nuevo siglo hasta sus primeros viajes de exploración a las costas del Pacífico, entre 1524 y 1528, constituyen un periodo tan oscuro como ignorado. En cierto modo es comprensible. Tradicionalmente los historiadores se han sentido atraídos por la descomunal dimensión de lo anexionado: el dorado *Birú*, nada menos que el mayor imperio indígena de América, con una superficie de más de un millón de kilómetros cuadrados y unos diez millones de habitantes repartidos en más de cien etnias diferentes. Ni siquiera la gran hazaña emprendida años atrás en México por otro extremeño llamado Hernán Cortés cuando entró en contacto con la civilización más brillante del mundo precolombino podía emular aquel impresionante logro. En este contexto de la gran conquista hispana del Incario, que ensombrece cualquier otra hazaña, surge y se configura el héroe Pizarro, sin echar la vista atrás, casi por arte de magia.

Pero este afán reduccionista del personaje histórico no es, como pudiera parecer a simple vista, exclusivo de los historiadores de nuestro tiempo pues contamina con igual intensidad a los protagonistas de aquella época, especialmente a algunos de los que nos legaron insuperables crónicas de la Conquista, como Bartolomé de Las Casas. Instalado en Santo Domingo desde 1502, como encomendero antes que fraile, resulta bastante probable que éste conociera y tratara personalmente a Pizarro, aunque no refiera nada sobre las andanzas del trujillano en estos años, quizás porque no había nada relevante que contar. Pues bien, un rápido repaso a la obra de Las Casas y a sus reflexiones sobre Pizarro durante sus andanzas por el istmo de Panamá nos muestra cómo el fraile redacta su gran crónica sin poder sustraerse al “*deja vu*” ni al impacto cierto de la conquista del Perú. Por el contrario, fundamenta su relato en los mismos *topos* o lugares comunes que la narrativa histórica contemporánea, sin poder abstraerse de los hechos que todavía no han sucedido, pero que él conoce muy de cierto. Y así cuando alude a los sucesos de Pizarro durante su estancia en el Darién es incapaz de abstraerse y suele apostillarlos con muletillas instaladas en la presciencia, tales como éstas: Dejóles (Ojeda) por su teniente y capitán a Francisco Pizarro (*que era uno de dellos y el que después fue marqués del Perú*). Mientras que en otro pasaje dice: De los que quedaron de la hueste de

¹ Por fortuna, la bibliografía pizarrista de las últimas décadas vienen prestando un mayor interés a este periodo. Véase, por ejemplo, la obra de Bernard Lavallé: *Biografía de una conquista*. París, 2005.

Ojeda, “*el uno fue Francisco Pizarro, que mataron a estocadas en el Perú, que descubrió y destruyó*”². Por lo que puede apreciarse, apenas se interesa por el Pizarro del Darién, es decir por el personaje coetáneo a los hechos narrados aludiendo, como sería lógico, a sus atributos personales o a sus hechos de armas, sino por el que vendrá después, o sea por el conquistador del Perú.

Gonzalo Fernández de Oviedo, el insuperable cronista del Darién, tampoco resulta ajeno a esta dinámica. El estuvo vecindado durante algunos años, al igual que Pizarro, en Santa María de la Antigua del Darién, la primera ciudad fundada por los españoles en 1510 en tierras continentales. Trató personalmente al capitán de Trujillo, y poseía suficientes argumentos como para habernos dejado una excelente foto fija del personaje. Pero no fue así. Él mismo reconocía a su muerte que tanto Francisco Pizarro como Diego de Almagro “fueron mis amigos desde muchos años ha” y asegura que ambos “recibieron buenas obras de mi cuando yo pude en algo darles contentamiento”³.

Es evidente que Oviedo se interesa más que Las Casas por el Pizarro del Darién. No obstante, en ocasiones se deja arrastrar por la fama que ya lo acompañaba como conquistador del Imperio incaico, la cual se había extendido por todo el orbe cuando entregó al público los dos últimos volúmenes de su ingente *Historia General de las Indias*, publicada en Sevilla entre 1551 y 1559. Esta visión sesgada sobre nuestro personaje resulta especialmente significativa en el tomo III. Allí nos ofrece un rol de los capitanes que protagonizaron la conquista del istmo de Panamá titulado así: “*En que sumariamente se trata del suceso e fin que hicieron los capitanes particulares que ha habido en la gobernación de Castilla del Oro en tiempos del gobernador segoviano Pedrarias Dávila, e antes e después de él, hasta el tiempo presente*”⁴. El relato adquiere especial relevancia pues Oviedo recoge un total de 46 capitanes a las órdenes de Pedrarias aunque algunos, como Francisco Pizarro, procedían de

² Las Casas, fray Bartolomé de las: *Historia de las Indias*. Madrid, B.A.E., 1957 (estudio y notas de J. Pérez de Tudela), 2 vols., vol. II, pp. 147 y 169.

³ Fernández de Oviedo, Gonzalo: *Historia General y Natural de las Indias*. Ed. Juan Pérez de Tudela, 5 vols. B.A.E., Madrid, 1959; Libro XXVIII, cap. XXXIII. No obstante, el afecto que sentía por Pizarro se desvaneció años más tarde cuando estalló la guerra civil en el Perú. En la contienda ente pizarristas y almagristas, Oviedo toma partido abiertamente por Almagro habida cuenta de que Francisco González de Valdés, su hijo, militaba en la hueste almagrista. Cfr. Juan Pérez de Tudela, prólogo a la obra de Oviedo, en *Ibidem*, p. CXXIX.

⁴ *Ibidem*, vol III, pp. 343 y ss.

las antiguas huestes de Nicuesa o de Ojeda, y realiza una sucinta, pero inestimable, biografía de cada uno de ellos y de algunos de los sucesos más destacados hasta su fallecimiento. Pues bien, llegado el momento de encargarse de su gran amigo Pizarro se ve obligado a precisar “*que después fue adelantado e marqués e gobernador e capitán general en la tierra austral, e que tan poderoso e rico se vio que ha sido sonado y estimado por el mundo*”. Pero en lo que respecta a su estancia en el Darién, lo único que destaca de él es que “fue uno de los conjurados de Vasco Núñez contra Nicuesa” (el gobernador de Veragua)⁵. Queda lejos de nuestro propósito realizar un estudio exhaustivo de la figura de Pizarro a través de la crónica del Darién. No es ésta la ocasión. Sin embargo, estimamos que los ejemplos que acabamos de exponer glosan con nitidez nuestras reflexiones, por lo que no conviene insistir más.

En este trabajo nos proponemos profundizar en la vida del famoso personaje trujillano durante su estancia en la villa de Santa María de la Antigua del Darién (1510-1519), considerando que este periodo histórico de nueve años resultó fundamental para su formación como conquistador. Como ya observábamos en otra ocasión, estamos convencidos de que el Darién de los indios *cuevas* fue la verdadera escuela en la que Pizarro y otros famosos conquistadores aprendieron “el arte de la guerra, el cuerpo a cuerpo con los indios, la rapiña, el saqueo, la búsqueda del botín, la violencia, también la obediencia a los mandos, el compañerismo con los iguales, la amistad y tantas otras actitudes que caracterizan a esta milicia improvisada que fue la hueste indiana”⁶. Escarbaremos en las entrañas de la documentación de la época para llegar al fondo del personaje. Revisaremos su figura congelándola en el tiempo, cuando no era más que un actor secundario de la trama, un obediente guerrero al servicio de muy diversos jefes, valiente y ambicioso, rudo y analfabeto, un buscavidas como tantos otros, hasta que un buen día un golpe de fortuna lo catapultó a la fama.

Pasaremos por alto los oscuros orígenes familiares de nuestro personaje, punto de partida obligado y fracasado -por la falta de noticias- en todas las biografías sobre Pizarro. Nos interesa más ubicarlo en el escenario del Nuevo Mundo. ¿Cuándo y cómo se produce su llegada a las Indias? También aquí la desaparición de documentos clave sobre la vida del conquistador nos enfrenta

⁵ *Ibidem*.

⁶ Mena, Carmen: *El oro del Darién. Entradas y cabalgadas en la conquista de Tierra Firme (1509-1526)*. Sevilla, EEHA, CSIC, 2011, pp. 26-27.

a un inevitable debate. Durante muchos años se ha venido sosteniendo que Francisco Pizarro embarcó en la flota del gobernador de Santo Domingo engrosando el contingente de vecinos extremeños que el cacereño fray Nicolás de Ovando llevó a las Indias en 1502, tal vez para servir como paje de su tío Juan Pizarro⁷. Pero Boyd Bowman discrepando de este aserto sostenía en su conocido *Índice geobiográfico* que el conquistador no viajó a Santo Domingo hasta dos años más tarde y lo hizo con Alonso de Ojeda⁸. A la luz de lo publicado con posterioridad a este famoso *Índice*, la tesis no ha contado con muchos seguidores pues la mayoría de los libros más recientes siguen aceptando el año de 1502 como punto de partida. No obstante, Esteban Mira en su última y documentada obra ha vuelto a negar la participación de Pizarro en la flota ovandina, considerando “casi seguro” que éste viajó varios años más tarde, bien fuera con Cristóbal Colón en 1504 o tal vez entre 1505 y 1506. Este retraso en su llegada a la isla explicaría, según el citado autor, que no participara en las guerras de pacificación impulsadas por el gobernador Ovando y que, en consecuencia, no alcanzase la misma notoriedad que otros conquistadores de las primeras hornadas⁹. Por lo que se ve, el asunto de la llegada de Pizarro a las Indias permanece enquistado a la espera del documento clave -único y definitivo- que arroje luz sobre tanta confusión.

LOS PRIMEROS AÑOS DE PIZARRO EN LA TIERRA FIRME

Un tupido velo oculta, en efecto, los años transcurridos en La Española. Al igual que su paisano el extremeño Vasco Núñez de Balboa, del que apenas se conservan noticias, la estancia de Pizarro en la isla es un absoluto misterio. Nada sabemos de ella, seguramente porque el trujillano no fue capaz de significarse en aquella sociedad de hombres inquietos, pasando desapercibido entre los numerosos buscavidas que pululaban por La Española cuando despuntaba el nuevo siglo. Se dice que tal vez arribó a las Indias demasiado tarde, sin tiempo para participar en las primeras razzias conquistadoras en las que algu-

⁷ Cfr. Lockhart, James: *Un estudio social y biográfico de los primeros conquistadores del Perú*. Lima, Editorial Milla Batres, 1986, 2 vols., vol. I, p. 152.

⁸ Boyd-Bowman, Peter: *Índice geobiográfico de cuarenta mil pobladores españoles de América en el siglo XVI*, vol. I, años 1493-1519, Bogotá, 1964; vol. II, México, 1969. Una nueva edición ampliada: *Índice geobiográfico de más de 56 mil pobladores de la América hispánica*, I, 1493-1519, México, 1985, p. 38.

⁹ Mira Caballos, Esteban: *La gran armada colonizadora de Nicolás de Ovando (1501-1502)*. Santo Domingo, Academia Dominicana de la Historia, 2014, p. 360.

nos hombres adquirieron indios, riquezas y honores, pero mientras no sepamos con certeza la fecha de su llegada a Santo Domingo difícilmente podremos calibrar lo adverso de esta circunstancia. Por lo demás, la situación de la isla no era muy esperanzadora. En poco tiempo se había trastocado de tierra de promisión a tierra de desolación, especialmente desde 1502 cuando se produjo la “Gran Migración” provocada por la fiebre del oro¹⁰. En efecto, una gran oleada de emigrantes -se calcula que entre 1.500 a 2.500- procedentes de todos los rincones de la península acompañando al gobernador cacereño Nicolás de Ovando, cayó como una desoladora plaga sobre la Española alterando el inestable equilibrio demográfico y socio-económico que la sustentaba y aumentando las rivalidades¹¹. Llegados a la isla, sin alimentos y en condiciones muy precarias para sustentarse, el hambre, las epidemias y finalmente la muerte abatió a los desdichados reduciéndolos a más de la mitad. Más de un millar de hombres, dice Las Casas, murió por estas causas en las primeras semanas del mes de abril¹². No sería la primera ni la última vez... Por si esto fuera poco, de vez en cuando los huracanes tropicales visitaban Santo Domingo provocando con sus atronadoras lluvias y sus devastadores vientos enormes destrozos en viviendas, tierras y ganado y arrebatando muchas vidas humanas. Por dos años consecutivos -1508 y 1509- la isla había sufrido los embates de sendos ciclones que habían dejado a su paso la muerte, la desolación y por supuesto la ruina de muchos vecinos incapaces de sobreponerse a la furia de la naturaleza.

Sea como fuera, es evidente que la recluta realizada por Alonso de Ojeda, un infatigable explorador y conquistador, natural de Cuenca, que gozaba de un enorme prestigio en la Corte por sus indiscutibles méritos, tentó al infatigable Pizarro, deseoso de abandonar aquel enclave caribeño, arruinado por tantas calamidades, y lo convenció para alistarse en la expedición que aquel preparaba a la Tierra Firme a fines de 1509, insuflándole un hálito de vida y esperanza. Sólo hacía unos meses que Diego Colón, el nuevo virrey de las Indias había

¹⁰ No olvidemos que Santo Domingo fue, como nos recuerda E. Mira, “el primer dorado de las Indias”, papel que más tarde recayó en las tierras continentales de Castilla del Oro. Cfr. *La gran armada colonizadora de Nicolás de Ovando (1501-1502)*, p. 181.

¹¹ El número de colonos llegados con Ovando a La Española sigue siendo una incógnita. Las cifras son muy dispares: Desde los 3.000, que proporciona Trevissan, a los 2.500 de Las Casas, entre las estimaciones más altas, a los 1.250 ó 1.500 (excluyendo a las tripulaciones) que calcula Esteban Mira en su excelente trabajo sobre esta flota. Cfr. *La gran armada colonizadora*, pp. 111 y ss.

¹² Las Casas, *Historia de las Indias*, II, pp. 20-21.

arribado a La Española acompañado de otro nutrido contingente, una oleada de recién llegados que inundó la isla en busca de una nueva vida y amplió el número de marginados. Sin ninguna duda, aquí se inicia la primera etapa documentada de Pizarro en América.

Para los europeos de aquel entonces, la Tierra Firme era una especie de *terra incognita*, una extensa franja del litoral continental explorada parcialmente en focos aislados por algunos avezados marinos y aventureros guiados por el afán de aventura y de un botín sustancioso. Figuras tan conocidas como Juan de la Cosa, autor del primer mapa de América, Alonso de Ojeda, Américo Vesputio, Pinzón y Solís, Rodrigo de Bastidas y otros comenzaron a esclarecer con sus descubiertas lo que el Gran Almirante se resistía a aceptar: el carácter continental de las nuevas tierras visitadas. Este esfuerzo fragmentado de la exploración territorial imprime a la postre una tendencia que se mantiene firme a pesar del transcurso de los años. De hecho, como advierte P. Chaunu, “durante todo el periodo del primer Atlántico, Tierra Firme *lato sensu*, no constituye un frente continuo, homogéneo de presencia española. Se articula en dos o tres grandes masas mal soldadas entre sí”¹³.

En 1508 la Junta de Burgos acordó retomar las actividades exploradoras en la Tierra Firme pero ahora, como observa Sauer, “con una organización formal”, encargando la tarea, no a uno, sino a dos hidalgos bien instalados en los círculos cortesanos, llamados Diego de Nicuesa y Alonso de Ojeda, quienes pugnarón por hacerse con la jefatura de aquella empresa como si en ello les fuera la vida. Finalmente se acordó un reparto equitativo entre ambos: Nicuesa obtuvo el gobierno de las tierras occidentales (Veragua), mientras que Ojeda fue nombrado gobernador de la parte oriental (Urabá). Como la frontera entre ambas gobernaciones suscitaba grandes dudas y los gobernadores no estaban dispuestos a ceder lo más mínimo en sus apertencias territoriales, se produjo un abierto enfrentamiento entre ambos que afortunadamente fue solventado gracias a la oportuna intervención de un hombre especialmente sensato y conciliador, como era Juan de la Cosa, lugarteniente de Ojeda en aquella empresa, quien finalmente logró que los dos aceptaran como línea divisoria el río Grande del Darién que desemboca en el golfo¹⁴. Sin duda, aquel propósito, tan astuto

¹³ *Sevilla y América, siglos XVI y XVII*. Traducción Rafael Sánchez Mantero. Sevilla, Servicio de Publicaciones, 1983, p. 93.

¹⁴ No obstante, este reparto salomónico no cerró definitivamente el conflicto pues ambos gobernadores continuaron su disputa incluso después de zarpar hacia sus respectivas

como ambicioso, amenazaba directamente los privilegios del Gran Almirante pues disgregaba las nuevas tierras de Urabá y Veragua del virreinato colombiano, poniéndolas directamente bajo las riendas de Fernando el Católico¹⁵.

En el momento en que Pizarro decide alistarse en La Española a las órdenes de Ojeda probablemente no se diferenciaba en nada de los demás conquistadores ávidos de riquezas y encumbramiento social que decidieron acogerse al banderín de enganche del nuevo jefe, pero es evidente que muy pronto el de Trujillo destacó sobre todos ellos, ganándose así la amistad del flamante gobernador de Urabá. ¿Qué es lo que vio Ojeda en ese larguilucho y silencioso extremeño que no sabía leer ni escribir? Probablemente, como anotó más tarde Oviedo, porque reconoció a Pizarro como un “hombre de bien e valiente por su persona”¹⁶. Un guerrero capaz de manejar la espada con destreza y dar la vida por el jefe y los compañeros, y por si esto fuera poco, un hombre recto, prudente y bienintencionado, cualidades excepcionales en un entorno de rufianes penderos, en definitiva, alguien en quien se podía confiar. Anglería, quien por cierto sólo cita a Pizarro en dos ocasiones, lo llama “varón noble” (*nobilis vir*) aunque, como señala Lockhart- “el latín no es claro sobre si la nobleza era inherente a las cualidades personales o al linaje”¹⁷. Tampoco lo es en castellano, añadiríamos nosotros. ¿Se refería el cronista milanés a la nobleza de cuna de Pizarro o a su reconocida estima? Difícil resulta saberlo.

Ahora bien, si la información de los contemporáneos abunda en lo relativo al temperamento, habilidades y rasgos psicológicos del personaje o al menos resulta lo suficientemente expresiva, no puede decirse lo mismo en lo relativo a su fecha de nacimiento. Esta es, sin duda, una de las cuestiones que más intriga

gobiernos. Cuando la noticia llegó a la Corona, ésta tuvo que intermediar decretando que “el dicho golfo de Urabá pertenece a Alonso de Ojeda”. Real Cédula dada en Monzón, el 15 de junio de 1510 [CODAIN, 32, 101-103]. Otra de la misma fecha a Diego Nicuesa. [CODAIN, 32, 103-104].

¹⁵ *The Early Spanish Main*. University of California Press, Berkeley, 1966. La edición española: *Descubrimiento y dominación española en el Caribe*. Fondo de Cultura Económica, México, 1984, p. 255. Citado por Mena, Carmen: *El oro del Darién*, p. 112. Ampliamos información sobre estos sucesos y los que a continuación se relatan, en el epígrafe. “La conquista de Veragua y la Nueva Andalucía”, pp. 111 y ss.

¹⁶ Oviedo, *Historia General de las Indias*, III, p. 142 y V, p. 32.

¹⁷ Anglería, P.M.: *Décadas del Nuevo Mundo*. Edición y estudio introductorio de Ramón Alba. Madrid, Ediciones Polifemo, 1989, p. 100. Lockhart, James: *Los de Cajamarca: Un estudio social y biográfico de los primeros conquistadores del Perú*. 2 vols. Biblioteca Peruana de la Conquista. Lima, Editorial Milla Batres, 1987, I, p. 153.

a todos los biógrafos de Pizarro. Tradicionalmente se ha venido aceptando que nació en 1478. Esta es la fecha que cuenta con más seguidores. Y resulta lógico. Pedro Cieza de León, el cronista de Llerena en Extremadura, asegura que el conquistador tenía sesenta y tres años y dos meses el 26 de junio de 1541, día en que fue asesinado. De su testimonio se desprende, por tanto, que había nacido el 26 de abril de 1478¹⁸. A primera vista el dato, tan exacto como sospechoso, ha sido admitido por la mayor parte de los historiadores. Cieza, buen conocedor de las guerras civiles del Perú, resulta una fuente digna de crédito, al menos mientras no aparezca en cualquier oculto anaquel el dato preciso y precioso que lo contradiga. No obstante, ¿para qué recurrir al aserto de un extraño si el protagonista, es decir, Francisco Pizarro, se encargó de decirnos su edad? En efecto, en las Probanza de Lucas Martínez Vegazo, realizada en Cuzco el 26 de febrero de 1539 y en la de Diego Rodríguez, un mes más tarde, dijo ser “de edad de sesenta años, poco más o menos”, lo que indicaría que había nacido en torno a 1479. Pero no conviene echar las campanas al vuelo. Pizarro era seguramente un “varón noble” pero de memoria muy frágil. No otra cosa se deduce de sus contradictorias declaraciones y de la facilidad con la que se ponía y quitaba años a su antojo. Tan sólo dos años más tarde, lo encontramos de nuevo prestando testimonio, ahora en Lima, pero para nuestra sorpresa -si es que no hubo un error en la transcripción- el propio marqués “declara ser de edad de más de cincuenta años”... Por lo que se ve, los ejemplos son tan numerosos como incongruentes. Mucho tiempo atrás, en octubre de 1522, el capitán Pizarro, todavía vecindado en Panamá, aseguraba tener “cuarenta años poco más o menos”, lo que señalaba a 1482 como año de su nacimiento¹⁹. Todo este baile de cifras no debe sorprendernos. M. Ballesteros, buen conocedor de la época de la Conquista, observa con agudeza cómo en aquel entonces “las gentes tenían muy poca seguridad en el paso del tiempo y hasta llegaban a no estar seguros de su propia edad” y alude al caso de Ximénez de Quesada, el conquistador de la Nueva Granada, quien declaró tener sesenta años, errando en nada menos que una década²⁰.

¹⁸ *Ibidem*, I, p. 163.

¹⁹ Cfr. *Francisco Pizarro. Testimonio, documentos oficiales, cartas y escritos varios*. Edición a cargo de Guillermo Lohmann Villena. Introducción de Francisco de Solano. Madrid, CSIC, Centro de Estudios Históricos, Dep. de Hª de América “Fernández de Oviedo”, 1986, pp. 16-17.

²⁰ *Pedro Cieza de León. La crónica del Perú*. Edición de Manuel Ballesteros. Madrid, Historia 16, pp. 10 y 12.

¿Qué edad tenía Pizarro cuando zarpó con Ojeda en 1510 al golfo de Urabá? Nos hubiera gustado saberlo. Pero a la vista de estas cifras, tan dispares como desconcertantes, ¿quién osa aventurarse? Si admitimos que había nacido en 1478, tendría 32 años, es decir sería un hombre ya maduro, para los de su época. Y lo mismo se deduce si damos por válida la fecha de 1482, pues ya habría cumplido los 28 años. Pero si tomamos por buena la declaración del marqués en Lima, poco antes de ser asesinado por los almagristas, eso retrasaría su edad de llegada a Tierra Firme a los 19 años, demasiado joven, a nuestro entender, para su hoja de servicios -si es que es verdad que estuvo en Italia- y desde luego para ser elegido como caudillo por Ojeda. A la vista de este enmarañado asunto, hoy por hoy, el enigma de la edad de Francisco Pizarro sigue, lamentablemente, sin desentrañarse.

Pero regresemos a los acontecimientos. En los últimos meses de 1509, dos flotillas se aprestaban simultáneamente en Santo Domingo para explorar las tierras continentales. Dos vecinos bien conocidos en la isla: Diego de Nicuesa y Alonso de Ojeda, abrieron listín de enganche hasta completar los ochocientos hombres a los que la Corona había dado licencia para acompañarlos en su aventura. Nicuesa y el marino cántabro Juan de la Cosa ya habían conseguido en la península hasta doscientos voluntarios que acababan de llegar a la isla en el mes de octubre en su compañía²¹. La noticia de que se preparaban dos expediciones hacia nuevas tierras colmadas de riquezas circuló como un reguero de pólvora por toda la isla. Como es natural, el primero en enterarse fue don Diego Colón, recién instalado en su trono caribeño como virrey de las Indias, acompañado de su esposa doña María de Toledo y de una nutrida corte de criados y paniaguados. Su disgusto fue mayúsculo. En un ataque de cólera, don Diego juró a grandes voces que no había de pasar por alto semejante afrenta. Y por supuesto, sus amenazas se cumplieron. En aquellos dramáticos días, tanto Nicuesa como Ojeda vivieron un auténtico calvario en La Española. El virrey Colón, en lugar de ayudar a los expedicionarios en la preparación de sus respectivas flotas, tal y como ordenaba el rey Fernando en sus misivas, puso todos los obstáculos imaginables con el fin de abortarlas y ni siquiera desistió en su empeño para dar al traste con la empresa en los meses siguientes. Por lo pronto, alegando fingidas excusas, sólo permitió la recluta de seiscientos hombres, muchos menos de los permitidos, y lanzó a sus funciona-

²¹ Puede ampliarse información en nuestro trabajo "Preparativos del viaje de Diego de Nicuesa para poblar la Tierra Firme. Sevilla y los mercaderes del comercio atlántico (1509)" en *Revista de Indias*, 2012, vol. LXXII, núm. 256, pp. 617-650.

rios como perros de presa para que embargasen los bienes de Nicuesa y Ojeda y los tomaran preso, impidiéndoles su partida. Pese a tan enormes dificultades, los gobernadores de Urabá y Veragua lograron salir airosos de aquella delicada situación aunque a última hora, y cómo los plazos se dilataban, tuvieron que dejar atrás a dos hombres de toda su confianza con la misión de completar los abastos y reclutar nuevos voluntarios: Ojeda al bachiller Martín Fernández de Enciso, su alcalde mayor, y Nicuesa a su lugarteniente Rodrigo de Colmenares.

En la segunda quincena de febrero de 1510, con escasos días de diferencia, las flotas rivales de la Tierra Firme, comandadas por Nicuesa y Ojeda, abandonaban por fin el puerto de Beata (Santo Domingo), tras acordar un encuentro a medio camino de la singladura²².

Alonso de Ojeda, más pobre en recursos que Nicuesa, zarpó el primero. Llevaba sólo dos barcos y dos bergantines en los que se hacinaban algo más de un centenar de guerreros y doce yeguas. Le acompañaba con el cargo de lugarteniente el marino Juan de la Cosa, su infatigable amigo, y una muchedumbre de hombres anónimos entre los que figuraba un tal Francisco Pizarro. La primera escala de la flotilla tuvo lugar el 28 de febrero en la bahía de Calamar, muy cerca de donde los españoles de Pedro de Heredia fundarían luego la ciudad de Cartagena de Indias. Desoyendo los consejos de La Cosa, el gobernador Ojeda ordenó a sus hombres desembarcar y adentrarse en la aldea india de Turbaco para conseguir oro y esclavos. La muerte los acechaba en cada rincón de la selva y al final los pronósticos de Juan de la Cosa, quien ya conocía aquel lugar y temía la fiereza de los caribes, se cumplieron lamentablemente. Los españoles cayeron en una encerrona. Muchos de ellos perdieron la vida a consecuencia de las flechas envenenadas de los indios. Entre ellos, Juan de la Cosa, a quien sus compañeros encontraron amarrado a un árbol, y asaeteado como un puercoespín. De esta trágica manera terminó sus días el gran marino y cartógrafo que tan grandes servicios había prestado a la Corona. Los españoles, que habían sobrevivido a la matanza, incluido Pizarro, ignoraban que aquella aventura en la que se habían enrolado con tanto entusiasmo, iba a convertir-

²² Sin duda a Bartolomé de las Casas le fallaba la memoria cuando anotó en su crónica como fecha de partida de Ojeda “a diez o doce de noviembre del mismo año de 1509”. *Historia de las Indias*, II, 129. Existe constancia documental de que la muerte de Juan de la Cosa en Cartagena tuvo lugar el 28 de febrero de 1510, fecha límite de su postrero libramiento como piloto de Su Alteza, luego resulta imposible que las flotas de Tierra Firme zarparan en el mes de noviembre de 1509. Cfr. Ladero, Miguel Ángel: *Las Indias de Castilla en sus primeros años. Cuentas de la Casa de la Contratación (1503-1521)*. Madrid, 2008, p. 351.

se en una auténtica pesadilla. La emboscada indígena de Turbaco no era más que el preámbulo.

FRANCISCO PIZARRO, CAPITÁN Y LUGARTENIENTE DE OJEDA (1510)

No hace falta narrar aquí, por ser de sobra conocidas, las tremendas calamidades que soportaron los hombres de Ojeda, una vez que se instalaron en el golfo de Urabá, allá en el rudimentario fortín al que pusieron por nombre San Sebastián²³. Sin medios para subsistir y acorralados por los caribes, las bajas eran abundantes y muy pronto las grandes expectativas que habían acompañado a aquella tropa de desheredados se desvanecieron como humo. Mientras maldecían su mala suerte, deseaban con todas sus fuerzas escapar de aquel infierno y volver a Santo Domingo, en donde aunque pobres y sin esperanzas, al menos podrían salvar la vida. Viendo que el desánimo se instalaba en la tropa, Ojeda los instaba a resistir con firmeza prometiéndole la llegada de los tan esperados refuerzos en hombres, armas y alimentos. Y así pasaba el tiempo, tan lentamente que parecía eterno. Un buen día, en uno de los ataques de la indiada, el valiente Ojeda fue herido en el muslo con una flecha untada con el mortífero *curare*. A primera vista, su estado era tan grave que nadie hubiera dado, de tenerlo, un peso por su vida. El gobernador, sintiéndose a las puertas de la muerte, conminó al cirujano a que le cauterizase la herida con unas planchas de hierro ardientes, pero éste, temiendo un fatal desenlace, se negó a acatar la orden “diciendo que lo mataría con aquel fuego”. De nada valieron las súplicas del maestre, pues Ojeda era tan valiente como tozudo. “Si no acatáis mi orden, juro que mandaré colgaros de un árbol”, le dijo, con un hilo de voz. Ante tales amenazas, el cirujano no tuvo más remedio que obedecer. Las Casas, quien conoció de primera mano este suceso, asegura que una vez aplicado el remedio, y para echar el fuego del cuerpo, fue preciso envolver a Ojeda en sábanas mojadas en vinagre. Casi una pipa se gastó con este propósito. Pero Ojeda salió indemne de tan terrible lance²⁴.

Como era de esperar, los padecimientos del jefe mermaron, aun más si cabe, los ánimos de los guerreros. Los meses transcurrían y los refuerzos que aguardaban con el bachiller Martín Fernández de Enciso no llegaban nunca. Conforme las fuerzas se agotaban, aumentaba también el descontento de los

²³ Estos hechos y los que a continuación se refieren aparecen extensamente relatados en nuestra obra *El oro del Darién*, pp. 127 y ss.

²⁴ *Historia de las Indias*, II, p. 146.

hombres contra Ojeda, al que culpaban, cada vez con mayor insistencia, de haberles conducido hasta aquel infierno. Un buen día, cuando el desaliento tocaba fondo, Ojeda asumió una crucial decisión. Puesto que su alcalde mayor y el resto de la expedición no llegaban, él mismo iría a buscarlos a bordo de la desvencijada carabela que un vecino de La Española, llamado Bernardino de Talavera, mantenía fondeada en la bahía. Además, su herida ofrecía muy mal aspecto y tal vez en Santo Domingo encontraría el remedio que necesitaba. Antes de despedirse, Ojeda prometió a su desvencijada hueste que regresaría en un plazo máximo de cincuenta días. De no ser así, los liberaba de su compromiso, dándoles licencia para abandonar el fortín y regresar a Santo Domingo ¿Pero a quien dejaría encomendado el mando de los ochenta hombres hasta su regreso?²⁵. Sin dudar mucho, pensó en Francisco Pizarro.

En todas las entradas realizadas contra los indios, Pizarro nunca pasaba desapercibido. Osado y valiente como ninguno, era el primero en empuñar la espada y el último en abandonar el campo de batalla. No obstante, sabía sortear las emboscadas y poner pies en polvorosa cuando una lluvia de saetas envenenadas perforaba el aire. Poco a poco y a pesar de que era un hombre de pocas palabras, iba ganando estima entre sus compañeros al igual que el respeto de los mandos. A nadie se le escapa que a fuerza de compartir sinsabores surgió una profunda amistad entre Pizarro y Ojeda ¿O acaso ésta se fraguó en Santo Domingo? Que el gobernador confiaba ciegamente en Pizarro no hay por qué dudarlo. ¿Por qué, si no, lo eligió por lugarteniente en su ausencia? Es, sin duda, ahora cuando se produce la transfiguración de nuestro hombre. De guerrero anónimo, de personaje de segunda fila, el extremeño pasa a convertirse por la voluntad de su jefe en protagonista indiscutible, en el responsable máximo de un puñado de conquistadores enfermos, famélicos y descontentos. Y todo ello en una coyuntura tan adversa, como desgraciada e imprevisible.

Transcurrieron los días. Pizarro y sus compañeros agotaron el plazo señalado por Ojeda sin que el gobernador diera señales de vida. Nos hubiera gustado saber qué sucedió con los de Urabá en ausencia de Ojeda y especialmente cuál fue la actitud de Pizarro con la tropa en los largos días de espera.

²⁵ Uno de los hombres de Ojeda, llamado García Mexia, aseguraba años después que quedaron ochenta hombres con Pizarro. Carta de Diego Velázquez a S.A., 1 de abril de 1514, en Ramón de la Sagra, *Historia física, política y natural de la isla de Cuba*, vol. II, apéndice 1. Disponible en <https://book.google.es> [Consultado el 20/07/2015]. Bartolomé de las Casas, quien conoció de segunda mano la noticia, reduce la cifra a sesenta. *Historia de las Indias*, II, p. 151.

Pero ya que las fuentes nos impiden conocer estos detalles, podemos dar riendas sueltas a la imaginación. Suponemos que ante la falta de alimentos y el hostigamiento de la indiada, el ambiente estaría caldeado y los ánimos a flor de piel, tampoco faltarían las broncas intempestivas provocadas por cualquier nimiedad y los lances inesperados entre compañeros antes bien avenidos. Pizarro intentaría insuflar ánimos a los más exhaustos y apaciguar a los revoltosos, y seguramente, cuando nadie lo escuchaba, se lamentaría de haber aceptado tan gran responsabilidad. Desde luego no era ésta la coyuntura más favorable para que un novato se estrenase en el mando. En la primera quincena de noviembre de 1510, cuando sólo quedaban unos setenta hombres, los justos para acoplarse en aquellos pequeños navíos, Pizarro dio orden de sacrificar a las cuatro infelices yeguas, que aún quedaban vivas, con las que prepararon tasajos en salmuera y una vez acomodados en los barcos tanto hombres como provisiones, dispuso el regreso a Santo Domingo.

Dicen que “las desgracias nunca vienen solas” o que “un mal llama a otro” y alguna verdad habrá en estos sabios refranes. Cuando los dos bergantines en su tornaviaje a La Española habían navegado tan sólo unas leguas y ya tenían a la vista la isla Fuerte, se desató un terrible oleaje, desviando el curso de uno de ellos. Cuenta Las Casas que una ballena lo hundió en el océano de un coletazo y Anglería narra una versión similar²⁶. Lo cierto es que los desventurados tripulantes desaparecieron de la vista de Pizarro engullidos por las aguas, entre gritos y lamentos. De inmediato Pizarro puso proa a Cartagena, intentando buscar refugio en su puerto, pero al poco tiempo avistó en el horizonte una nave y dos bergantines en resguardo que venían de Santo Domingo. Las dirigía Martín Fernández de Enciso, el alcalde mayor y socio de Ojeda, ése cuyo socorro llevaban aguardando tan largos meses. El destino había querido que los dos mandos de Ojeda -Enciso y Pizarro- se cruzaran en medio del océano transfiriendo sus poderes de una forma tan inusual como inesperada. Desde el mismo momento en que Pizarro fue izado a bordo y estuvo en presencia de Enciso, a quien debía obediencia como jefe, dejó de ser el lugarteniente de Ojeda para convertirse en el capitán segundón que siempre había sido.

Doblegando la enconada resistencia de los supervivientes de Urabá, el bachiller Enciso, a quien acompañaba desde Santo Domingo un numeroso grupo de unos ciento cincuenta hombres, los obligó a dar la vuelta y poner rumbo de nuevo al golfo.

²⁶ Las Casas, *Historia de las Indias*, II, p. 151 y Anglería, *Décadas*, p. 101.

PIZARRO FUNDADOR DE SANTA MARÍA DE LA ANTIGUA DEL DARIÉN

En las naves que guía Enciso hacia Urabá viaja un polizón escondido en una lona que acaba de ser pillado por sorpresa y a punto ha estado de ser lanzado por la borda. A última hora salvó la vida por un gesto benevolente del armador del barco, el autoritario bachiller, quien a regañadientes aceptó perdonar la falta, aunque seguro que de haber sabido cómo iba a comportarse el citado polizón en los meses venideros, nunca se hubiera mostrado tan generoso ni tan complaciente. Era extremeño, como Pizarro; por más señas, de Jerez de los Caballeros y se llamaba Vasco Núñez de Balboa. Él será el responsable del traslado de los hambrientos españoles de Urabá al otro lado del golfo, a las tierras del cacique Cemaco, en una dura lucha por la supervivencia. Al menos, eso dicen los cronistas. Allí, sobre un caserío indígena que se extendía junto al brazo de un río, en medio de la selva darienita, los conquistadores -entre los que se encuentra Pizarro- fundan a fines de 1510 Santa María de la Antigua del Darién, la primera ciudad establecida por los españoles en los márgenes más remotos de la civilización occidental. Habían llegado al territorio de los *cuevas*, quienes por fortuna no conocían el curare y eran menos belicosos que los pueblos indígenas de Urabá.

Los primeros tiempos fueron difíciles, pero lentamente los conquistadores lograron establecer pactos de alianza y dominio con los de Cemaco, tierras para establecer sus sementeras e indios de servicio para trabajar los campos y buscar el tan ansiado oro en las arenas fluviales. Luego exploraron los alrededores. A base de entradas y razzias no exentas de crueldad invadieron otros cacicazgos comarcas consiguiendo someterlos a su obediencia. Se establece así mediante tácticas guerreras, prolongación del medievo, una relación de dominio sobre los cacicazgos vecinos que proporcionan alimentos, esclavos indios y extraordinarias noticias sobre fabulosos territorios, ricos en oro y perlas.

Francisco Pizarro participa junto a otros compañeros en estas expediciones -él mismo recordaba, más tarde, haber sido “capitán en la tierra de Cueva”- aunque, pese a su experiencia, sigue de momento relegado a un papel secundario. Seguramente Balboa, ya de por sí poco dado a delegar el mando en sus subordinados, desconfía del que ha sido lugarteniente de Ojeda y se resiste a encomendarle misiones de importancia²⁷. Precisamente el primer encargo que recibe Pizarro de su nuevo jefe Vasco Núñez carece de importancia y para

²⁷ *Francisco Pizarro. Testimonio, documentos oficiales, cartas y escritos varios*, p. 9.

colmo termina de forma desastrosa. Se trata de explorar la región india de Coiba en compañía de un escuálido destacamento de tan sólo seis hombres. Pero nada más adentrarse en el territorio, los españoles son descubiertos por los indios y tienen que huir a gran velocidad, dejando abandonado en medio de la selva y agonizante a uno de los compañeros, llamado Francisco Herrán. De regreso al asiento de Santa María, Balboa recriminó con acritud a Pizarro, ordenándole regresar inmediatamente en busca del herido²⁸. Si es que Las Casas no erraba -pues él es el único cronista que se hace eco de este suceso- sería razonable sospechar que las relaciones entre ambos hombres -Balboa y Pizarro- se enfriaron a partir de ese momento, pero todos los indicios apuntan a que debió de tratarse de un conflicto pasajero que fue saldado sin ningún rencor.

Pizarro también se ha visto inmerso, tal vez a su pesar, en los enfrentamientos que agitan a la convulsa hueste de Enciso, sobre todo desde el momento en que Vasco Núñez de Balboa, transformado en muy poco tiempo de polizón en líder indiscutible de un grupo de rebeldes, toma las riendas de la colonia y conspira para expulsar a Enciso, el sucesor legítimo del gobernador Ojeda, de la colonia del Darién. Un bachiller señaladamente culto y ambicioso, pero con escasa capacidad de mando que se ha ganado la antipatía de todos sus hombres.

Es muy probable que a fines de 1510 Pizarro asistiera al famoso cabildo abierto celebrado en la iglesia de Santa María de la Antigua, orquestado por Balboa para dar forma de legalidad a lo que no era más que un acto de rebeldía contra la autoridad legalmente instituida, representada por el bachiller. No pertenecía a la camarilla más cercana que aupaba a Vasco Núñez hasta el liderazgo, no era uno de sus fieles más cercanos, pues de ser así habría sido designado (a instancias del nuevo caudillo) como uno de los primeros alcaldes y regidores, o los cronistas de aquella época se habrían encargado de recordarlo. Pero de su participación en aquellos hechos no queda la menor duda. Por su carácter violento y su gran tozudez, Martín Fernández de Enciso no era hombre que olvidara afrentas ni perdonase al adversario, y muy especialmente cuando era la bolsa -su oro- lo que estaba en juego. De ello dan sobradas muestras los numerosos pleitos en los que se vio envuelto a lo largo de su dilatada existencia, algunos de los cuales se prolongaron por obra de sus herederos hasta después de su muerte. Cuando fue expulsado de la colonia del Darién y regresó

²⁸ Las Casas, *Historia de las Indias*, II, p. 267.

a España dispuesto a vengar aquella afrenta, Enciso se juró a sí mismo que no cesaría hasta hacer pagar a aquellos rufianes del Darién el daño causado. Y vaya si cumplió su promesa.

Entre intrigas y escaramuzas con los indios transcurrían los días de Pizarro en la sencilla colonia española del Darién. Intuimos su presencia, pero apenas sabemos de él. El silencio de las fuentes se alza como infranqueable muralla impidiendo conocer algo más del personaje. No obstante, de vez en cuando se abren algunas grietas... Existe constancia documental de que en el cabildo celebrado en Santa María de la Antigua el 4 de marzo de 1511 para confirmar el nombramiento de Juan de Valdivia y Martín Zamudio como procuradores de los vecinos del Darién, antes de que éstos viajaran a la Corte, entre “los muchos hijosdalgos e buenos hombres, vecinos e moradores de la dicha villa”, es decir, entre los miembros más distinguidos de la colonia, ahí estaba Francisco Pizarro, según consta en el acta correspondiente. Por ahora no ostenta ningún cargo, pero ocupa un sitio destacado entre los vecinos que asisten al acto.

También Pizarro se une abiertamente a los seguidores de Balboa llegada la hora de expulsar a Diego de Nicuesa, el gobernador de Veragua, quien después de haber fracasado en su encargo de explorar las doradas tierras visitadas por Colón, recalca en el Darién con los supervivientes de aquella durísima aventura e intenta hacerse con el mando de la colonia. Gonzalo Fernández de Oviedo señalaba a Pizarro con su dedo acusador: “fue -dice- uno de los conjurados de Vasco Núñez contra Nicuesa”, y no hay por qué dudar de su palabra. En aquellos días de intriga y camorra tuvo que señalarse, parece cierto, como uno de los más activos conspiradores del nuevo golpe de mano que acabó tan trágicamente. Pues bien es sabido que los revoltosos del Darién, incitados por Balboa, expulsaron al gobernador Nicuesa y lo obligaron a embarcar con un puñado de sus más fieles servidores en un desvencijado barco, sin víveres y previamente manipulado, para que se hundiera a escasos metros de la costa. Esta es, sin duda, una sucia mancha, que iba a empañar la brillante hoja de servicios del capitán Pizarro.

Por muy extraño que pueda resultar, la felonía de los seguidores de Balboa -incluido Pizarro- que acabó con la muerte de un servidor del rey, quedó sin castigo. Años más tarde, Alonso de Nicuesa, el desconocido hermano del gobernador de Veragua, instalado en aquel entonces en Santo Domingo,²⁹ pleiteó

²⁹ Seguramente tuvo noticias de la muerte de su hermano mientras se encontraba en España pues consta que el 20 de septiembre de 1512 se embarcó en Sevilla en la nao de

con el virrey Colón para que le restituyese los indios de encomienda que tan injustamente le habían sido arrebatados en La Española a su hermano años atrás cuando abandonó la isla para tomar posesión de las tierras de Veragua. Pero llegado el momento, Alonso no se preocupó de indagar las causas de la desaparición de su hermano y mucho menos de hacer pagar a los culpables el delito cometido.

Ahora bien, si el oscuro suceso de la expulsión del gobernador de Veragua fue tapado convenientemente y nadie estuvo interesado en tirar de la manta, no ocurrió lo mismo con la defenestración del bachiller Martín Fernández de Enciso. Desde luego las circunstancias que se dieron en ambos casos fueron muy distintas. Para comenzar, Enciso no había muerto y sabía defenderse muy bien; era un hombre de leyes, un afamado picapleitos con importantes contactos en la corte quien, como ya dijimos, no solía dejar sus afrentas sin resolver aunque los pleitos se alargasen hasta la eternidad. Como infatigable sabueso, perseguía a su presa hasta darle alcance, y luego la despedazaba con sus afilados dientes obligándole a reparar el daño cometido. Así hizo con los conspiradores del Darién, con todos aquellos que habían participado en la conjura que culminó con su expulsión de la colonia y la confiscación del oro conseguido en aquella campaña, comenzando por Balboa y siguiendo por todos los demás. La inesperada ejecución de Vasco Núñez en 1519 abortó sus ansias de venganza con el máximo cabecilla de la revuelta. ¿Pero acaso Pizarro no había participado en aquellos hechos? Pues también él debía responder de los mismos, daba igual que para entonces ya se hubiera convertido en todo un personaje, nada menos que en el descubridor de un imperio, un nuevo Dorado del que todos hablaban en España.

En febrero de 1529, Francisco Pizarro se hallaba preso en la cárcel de Sevilla y con sus bienes embargados. Compartía celda con el licenciado Diego del Corral, un antiguo conocido del Darién y más tarde prominente vecino pañameño, como él mismo. Pizarro acababa de llegar a España junto al artillero Pedro de Candía y Diego del Corral dispuesto a entrevistarse con el emperador

Juan de Morillo junto a sus criados Alonso y Marcianico, vecinos de Torredonjimeno rumbo a La Española. AGI, Contratación, 5536, L.1, Fol. 173. No sabemos por cuanto tiempo permaneció en la isla, pero a fines de 1516 lo encontramos de nuevo en la península con la intención de regresar a La Española. Una real cédula ordenaba a los padres jerónimos favorecer en todo a Alonso de Nicuesa por haber sido hermano del gobernador Nicuesa, muerto en servicio de la Corona, sin haber dejado más que deudas. AGI, Indiferente, 419, L.6.

Carlos para que le autorizase a seguir la exploración y conquista de las tierras del Perú. Traía con él varias llamas y un puñado de indios de la costa peruana así como algunos refinados objetos indígenas con los que pretendía obsequiar al gobernador y de paso ganarse su favor. Este viaje era de suma importancia, pues si aquella entrevista culminaba con éxito alcanzaría la fama y la gloria, conseguiría grandes riquezas, en definitiva, lograría hacer realidad el sueño de cualquier conquistador exitoso. Lo que no podía imaginar el esperanzado Pizarro era la sorpresa que le esperaba en la capital hispalense después de tan larguísima ausencia. Sevilla, el gran puerto americano era ya una ciudad grande y cosmopolita, pero las noticias que procedían del Nuevo Mundo circulaban por los corrillos de marineros y mercaderes con una velocidad de vértigo. Desde luego la llegada del capitán don Francisco Pizarro a una posada sevillana con una comitiva tan exótica no pasó desapercibida, especialmente para alguien muy interesado en este suceso: el bachiller Martín Fernández de Enciso. En efecto, a los pocos días de su llegada, Pizarro recibió en su posada una inesperada visita: el irascible bachiller Enciso lo aguardaba con varios alguaciles dispuestos a hacerle pagar a él y a Diego del Corral las deudas pendientes. Parecía una pesadilla, pero era real.

Durante varios meses, que parecieron una eternidad, Pizarro y Corral como vulgares delincuentes dieron con sus huesos en la cárcel sevillana, y allí mezclados con pícaros y maleantes de toda condición conocieron, entre la podredumbre y el hacinamiento, que daba fama al lugar, las durezas de aquel siniestro encierro. Desde luego no era éste el lugar más adecuado para un conquistador con tan brillante hoja de servicios que a punto estaba de alcanzar la gloria. La cárcel real de Sevilla que ocupaba un amplio solar de la calle de la Sierpe, junto a la Real Audiencia, era tristemente famosa por los olores nauseabundos de su gran letrina y por el hacinamiento que soportaban sus ruidosos vecinos. No por casualidad Miguel de Cervantes, que fue uno de sus más ilustres presos, la definió como “Universidad de los pícaros y Colegio Mayor del Hampa, donde toda incomodidad tiene su asiento y todo triste ruido su habitación”, mientras que Santa Teresa de Jesús la califica en una famosa carta redactada en 1579 simplemente como un “infierno”³⁰.

Pues bien, aquí en tan inesperado encierro estuvo detenido durante cierto tiempo don Francisco Pizarro, el gran descubridor del Perú, hasta que algún

³⁰ La cita procede de Teodoro Falcón: “La Cárcel Real de Sevilla”. *Laboratorio de Arte* (1996), pp. 157-170, p. 158.

amigo solícito -tal vez el mismo Pedro de Candía- consiguió, no sin antes remover cielo y tierra, que el emperador se interesara por su situación. Por fin, el 6 de febrero de 1529 el soberano ordenaba desde Toledo a sus oficiales de Sevilla que pusieran en libertad a Francisco Pizarro y a Diego del Corral, aunque sus bienes seguirían embargados en cumplimiento de la sentencia que obraba a favor de Enciso: “que les alcen la carcelería o prisión que les está hecha y vos entreguen a vosotros señores sus bienes para que los enviéis al Consejo, dándoles lo que buenamente hubieren menester para se aderezar y venir ellos y sus criados”³¹. La pesadilla había terminado. Inmediatamente después, Pizarro marchó a Toledo a entrevistarse con la reina, firmando las famosas capitulaciones para la conquista del Perú que todos conocemos.

PIZARRO CAPITÁN DE BALBOA Y PEDRARIAS

Se olvida también con facilidad que Francisco Pizarro, muchos años antes de su aventura peruana, compartió con Vasco Núñez la gloria de haber sido uno de los primeros europeos en avistar las aguas del Pacífico desde la orilla americana. Tal vez un 25 de septiembre de 1513 -como afirma Oviedo- o dos días más tarde, ¡qué más dá! Como ya observábamos en una ocasión anterior: “Los hechos son sobradamente conocidos: la inestimable colaboración de los cuevas, los “sesenta y siete de la fama”, el avistamiento desde “un monte raso” de las aguas del nuevo océano, la constatación de que el agua era salada como la del otro mar, el primer contacto con las perlas rescatadas por los nativos en las aguas del golfo y un larga y prosaica sucesión de hechos, tan sabidos que no merece la pena relatarlos”³². El acta notarial de aquel momento culminante fue a parar a las manos de Gonzalo Fernández de Oviedo, tras la muerte de Balboa, y esta fortuita circunstancia ha permitido, sin duda, que no se perdiera, como tantos otros documentos relacionados con Vasco Núñez. Pues bien, en la lista de los sesenta y siete “caballeros e hidalgos y hombres de bien que se hallaron en el descubrimiento de la mar del Sur, con el magnífico y

³¹ AGI, Panamá, 234, Lib. 3. Cfr. *Francisco Pizarro. Testimonio, documentos oficiales, cartas y escritos varios*, p. XXV.

³² “El avistamiento de la Mar del Sur en el contexto de la expansión europea del siglo XVI”. Conferencia inaugural de la Cátedra creada por la Universidad de Panamá para conmemorar el Descubrimiento de la Mar del Sur por Vasco Núñez de Balboa. En *Revista Lotería*, Panamá, núm. 516, septiembre-octubre, 2014, pp. 6-22. Véase también nuestra obra *El oro del Darién*, pp. 182 y ss.

muy noble señor el capitán Vasco Núñez de Balboa, gobernador por Sus Altezas en la Tierra Firme”, se cita en segundo lugar, inmediatamente después de Andrés de Vera, el clérigo de la expedición, a Francisco Pizarro. Este hecho no carece de importancia. Los hombres de aquella época, tan respetuosos con los gestos, las solemnidades y los honores, nunca habrían colocado en primer lugar a un guerrero segundón. Desde luego ya Pizarro no lo era, y da la impresión -por el orden que ocupa- de que se había convertido en la mano derecha de Balboa, algo parecido a su lugarteniente. Con su nuevo jefe, Pizarro recorre la costa de la Mar del Sur y avista las islas de las Perlas y seguramente acompaña a Balboa en la mayoría de las razzias que éste realiza por el istmo de Panamá en busca de oro, perlas y esclavos indios. Los cronistas, sobrepasados por la personalidad de Balboa, no lo mencionan, pero sin duda, Pizarro está a su lado, formando parte de su hueste de 300 hombres como uno de sus capitanes más valientes. Para seguir los pasos de Pizarro no hay más que conocer dónde estuvo Vasco Núñez. No obstante y como observa Lockhart, durante este periodo Pizarro “se retrajo del primer lugar al papel de hombre antiguo y capitán respetado, no en la cumbre misma, pero siempre cerca de ella”, por eso su nombre figura en la nómina de los descubridores al lado de Balboa³³.

La llegada de Pedrarias Dávila a las tierras del Darién en el verano de 1514 no favoreció en nada la carrera de Pizarro y mucho menos la de Balboa, el antiguo caudillo al que vino a reemplazar. El nuevo gobernador traía en su nutrida hueste a sus propios capitanes a los que favorecía sin ningún pudor encomendándole las misiones de mayor responsabilidad y desde luego más lucrativas. Algunos eran militares reputados, hombres maduros y con experiencia que habían servido en las campañas italianas y exhibían una brillante hoja de servicios, pero otros eran jóvenes e inexpertos; familiares de nobles señalados y bien instalados en los círculos cortesanos que habían conseguido una recomendación real para que Pedrarias los enganchara en su hueste, pese a que algunos no eran aptos para la guerra. Sólo la osadía, producto de sus escasos años y el sueño del dorado los impulsaba a vivir una aventura que casi siempre era muy corta. Entre éstos iba un hidalgo sevillano, casi un adolescente, llamado Luis Carrillo, que era hermano de doña María Niño, la esposa de Lope de Conchillos, el influyente secretario aragonés del rey Fernando. Antes de que la flota de Pedrarias zarpara del puerto sevillano, Gonzalo Fernández de Oviedo, como servidor de Conchillos, recibió el encargo de tutelar a su cuñado en las

³³ *Los de Cajamarca*, I, p. 153.

Indias y ayudarlo en todo lo necesario aunque sus esfuerzos fueron en vano. Una vez en el Darién el joven sevillano fue puesto al cuidado del bisoño capitán Pizarro, quien, probablemente, lo acogió como si se tratase de un hijo y adiestró en la guerrilla indiana lo mejor que supo. Aún así, no pudo protegerlo de la muerte. El 28 de agosto de 1514, cuando sólo habían transcurrido dos meses de su llegada a las Indias, el mancebo e inexperto capitán Luis Carrillo recibe instrucciones de las autoridades para encabezar una expedición a la provincia india de Abraime y Río de los Anades en donde los hombres de Balboa habían fundado un modesto asiento, llamado Fonseca Dávila, entre dos frondosas riberas. Lleva “como coadjutor y ayo” a Francisco Pizarro; seguramente el mismo Oviedo se lo ha recomendado encarecidamente. La expedición consigue un botín de algo más de 1.100 pesos de oro y sirve de duro adiestramiento a Carrillo, aunque no debió de ser suficiente pues el joven capitán permanece en el poblado de Santa María por espacio de un año apartado de la hueste. Por fin participa en una nueva expedición que sale de Santa María en julio de 1515. En esta ocasión acompaña al adelantado Balboa a las doradas tierras del Dabaibe, pero el combate resulta de una gran dureza y la refriega con los indios provoca numerosas bajas: el propio Balboa resulta herido en el combate, también cae Carrillo, “porque Luis Carrillo era muy mozo e nuevo en el oficio e aún no era diestro en saltar e matar indios”; éste recibe “un varazo en los pechos” que resulta mortal. Y así -apostilla Oviedo- el joven hidalgo “pagó las crueldades que le mostró a hacer Francisco Pizarro”³⁴. Es evidente que Oviedo no desaprovecha ninguna oportunidad para atacar a Pizarro por el que no siente ninguna simpatía cuando redacta su crónica.

En estos años de razzias y cabalgadas sin freno, a la búsqueda desesperada del botín, Francisco Pizarro, que se ha revelado como uno de los capitanes más expertos y valientes, participa en numerosas expediciones por el istmo y es muy valorado por los jefes, quienes se aprovechan de su conocimiento del territorio y de las tácticas de los indios. Como lugarteniente de Gaspar de Morales, primo del gobernador y uno de sus capitanes más brutales, viaja en al archipiélago de las Perlas y visita el mismo escenario de la Mar del Sur que recorrió con Balboa en una expedición que dejó huella, no tanto por el botín conseguido en bellísimas perlas, como por la crueldad empleada contra los

³⁴ Oviedo, *Historia General de las Indias*, III, p. 346. Cfr. Mena, *El oro del Darién*, pp. 284, 535, 544.

indios³⁵. Acompaña también a Gaspar de Espinosa, el alcalde mayor de Pedrarias, al mismo escenario del Pacífico y más adelante en su campaña sobre Natá y Paris; a Juan de Tavira al río Grande de San Juan, que culmina en un rotundo fracaso, y en la que Pizarro tiene que hacerse cargo de los supervivientes. A veces dirige él mismo las expediciones: a la provincia de Micana (1518) en la Mar del Sur, siguiendo los pasos de Balboa; a Taruy, Guaravica y otros cacicazgos (1518) de la provincia del Darién³⁶. En fin, su actividad guerrera no cesa en este tiempo.

Dos años después de la llegada de Pedrarias a la Tierra Firme, Pizarro es, por así decirlo, un hombre de bien que goza del reconocimiento de los demás. Vecinos y compañero de armas no dudan en reconocer tanto su valor en el campo de combate como su honestidad en el trato. Por eso el procurador Rodrigo Enríquez de Colmenares, enviado a Castilla por el gobernador y los vecinos de Santa María de la Antigua en solicitud de ciertas mercedes, redacta un memorial –probablemente en 1516– acompañado de una relación “*de personas hábiles en el Darién*” que presenta a la Corona. Se trata de una lista de recomendados de cerca de treinta personas, son, a su criterio, los más aptos para servir tanto en la guerra como en puestos de responsabilidad. Curiosamente de entre éstos selecciona a ocho, a los ocho mejores, y entre ellos está Francisco Pizarro. Dice así: “E los que a mi parecer destos son más hábiles e de confianza y experiencia para mejor saber hacer las cosas que convienen al servicio de Dios e de Sus Altezas e bien de la república e conservación de la tierra, así para guerra como para oficiales de la comunidad, son éstos: el bachiller Diego del Corral/ el capitán Gonzalo de Badajoz/*Francisco Pizarro*/Pablo Mexía/Diego Albítez/Pedro de Gámez/Cristóbal Serrano/Gerónimo de Valenzuela³⁷.”

Es evidente que Pizarro supo ganarse, poco a poco, la confianza de sus compañeros y especialmente del gobernador Pedrarias hasta recibir de éste

³⁵ Sobre la expedición de Gaspar de Morales a la isla de Terarequí cfr. nuestro “Entre perlas y manglares. Vasco Núñez de Balboa y el inicio de las pesquerías del Mar del Sur” en *España, el Atlántico y el Pacífico. V Centenario del Descubrimiento de la Mar del Sur (1513-2013)*. Llerena, Sociedad Extremeña de Historia, 2013, pp. 31-52

³⁶ Mena, *El oro del Darién*, pp. 536, 541. Para mayor información sobre las expediciones guerreras por el territorio del istmo de Panamá durante estos años, puede consultarse además Álvarez Rubiano, Pablo: *Pedrarias Dávila. Contribución a la figura del “Gran Justador”, Gobernador de Castilla del Oro y Nicaragua*. Madrid, 1944, así como nuestro *Pedrarias Dávila o la ira de Dios: una historia olvidada*. Sevilla, 1992.

³⁷ AGI, Patronato 193, R.2.

uno de los encargos más delicados: el apresamiento de Vasco Núñez de Balboa, su antiguo jefe, junto al río de las Balsas³⁸. “¿Qué es esto Francisco Pizarro? No solíades vos así salirme a recibir!” aseguran los cronistas que exclamó un asombrado Balboa cuando tuvo frente a sí a Pizarro, junto a un pequeño destacamento de viejos camaradas, dispuestos a llevarle al patíbulo. La ejecución de Balboa, el dramático suceso acontecido en el pequeño fondeadero atlántico de Acla en 1519, es sobradamente conocido gracias al relato de los cronistas del Darién, también el ingrato papel que le correspondió a Pizarro, sujeto a la autoridad del férreo Pedrarias. No cabe duda de que la orden que recibió Pizarro encerraba un gran simbolismo. “Con frecuencia -señala Lockhart- el hombre que apresaba a un rebelde o a un criminal se le recompensaba con la encomienda, la propiedad o el comando de éste. En cierta forma, la empresa del descubrimiento y conquista del Perú recayó de Balboa en Pizarro”³⁹.

1519 marca un punto de inflexión en el devenir histórico de Castilla del Oro y de sus protagonistas. Es el año de la muerte de Balboa, el caudillo rival, y con ella se despeja el horizonte de las ambiciones de Pedrarias, quien en adelante reivindica como suyos propios los descubrimientos de Balboa en la costa del Pacífico. Desaparecido el adelantado, nadie le disputa el cargo ni puede hacerle sombra. La fundación de Panamá en la costa del Mar del Sur, en septiembre de ese mismo año, señala también un cambio en la geopolítica del gobernador. El centro administrativo, político y religioso se desplaza a la Mar del Sur desde el momento en que Panamá se convierte por deseos de Pedrarias en la nueva capital del territorio, en detrimento de Santa María de la Antigua del Darién, que lentamente será desmantelada hasta su definitiva extinción en 1524.

A partir de ahora el capitán Pizarro ve despejado su camino pues goza de la protección de Pedrarias ya sin ambages. No por casualidad, Pizarro es uno de los primeros que abandona el Darién y se instala en Panamá acompañando a los fieles del gobernador. En premio a su lealtad y como uno de los más antiguos conquistadores se ve recompensado convenientemente con cargos y rentas. Forma parte de la élite municipal, siendo regidor del primer cabildo panameño, encomendero de la isla de Taboga en el archipiélago de las Perlas, y como otros miembros de la élite panameña aparece involucrado en numerosos negocios, siempre en comandita con su buen amigo Diego de Almagro con quien organiza

³⁸ Lavallé, *Francisco Pizarro*, p. 42.

³⁹ Lockhart, *Los de Cajamarca*, I, p. 154.

expediciones al sur y al este de Panamá en busca de las tierras del Dorado, y con el padre Hernando Luque, los famosos socios de la conquista del Perú. Con ellos comparte proyectos y beneficios pues los tres, como nos recuerda Oviedo, disfrutaban “de un buen hato de vacas en la ribera del río Chagres, a cuatro leguas de Panamá, e labraban minas e tenían otras haciendas e granjerías que mucho les ayudaban”⁴⁰. En 1524 cuando los socios fundan la “Compañía de Levante” Francisco Pizarro ha dejado de ser un segundón y está listo para lanzarse al estrellato.

⁴⁰ Para ampliar información sobre las actividades de Pizarro en Panamá, véase nuestros trabajos: *La sociedad de Panamá en el siglo XVI*. Sevilla, 1984, pp. 180, 184, 194, 276, 331, 341-342, “Entre perlas y manglares. Vasco Núñez de Balboa y el inicio de las pesquerías del Mar del Sur”, pp. 31-52. Los intereses mineros de Pizarro y sus socios son analizados con detalle en *El oro del Darién*, pp. 443 y ss.